

**Toma de Decisión” en los Jugadores de Fútbol ¿Víctimas o Victimarios?
Una mirada crítica sobre las propuestas metodológicas en el fútbol
formativo**

De Rose, Leandro

Club Estudiantes de La Plata

leandroderose@yahoo.com.ar

Resumen

En la atmósfera del fútbol actual, tan global y equilibrado, la valoración sobre la capacidad para tomar decisiones ha cobrado gran protagonismo, resonando cada vez con mayor asiduidad cual condición vinculada al rendimiento. El consenso general concibe a las aptitudes físicas y técnicas como condiciones necesarias pero ya no más suficientes. Hoy el reclamo está centrado en la urgente necesidad de formar jugadores inteligentes. La inteligencia perseguida en el futbolista es una inteligencia táctica, situacional, íntimamente vinculada a una eficiente interpretación y empleo de las variables tiempo y espacio. La existencia de una tendencia a fragmentar para simplificar ha sido el patrón común en las propuestas metodológicas aplicadas en el fútbol formativo. Y desde nuestra perspectiva, la aplicación de este tipo de estrategias, podría dar respuesta a ciertas limitaciones percibidas en las decisiones y acciones de muchos jugadores durante el juego. Nuestra inquietud como formadores, entendiendo al fútbol como reconocido sistema abierto, nos conduce a diseñar ámbitos propicios para la emergencia de comportamientos perceptivos y adaptativos flexibles, coherentes a las demandas contextuales complejas y en pos de los objetivos del equipo. Por este motivo planteamos la necesidad de entrenar desde y para la complejidad, respetando la ecología del entorno.

Palabras Claves: Toma de Decisión, Paradigma Ecológico, Percepción-acción, Futbolistas Inteligentes, Pedagogía no-lineal

La inteligencia del futbolista no será juzgada por el nivel de su coeficiente intelectual, sino que podría verse reflejada en las decisiones que el mismo sea capaz de tomar materializadas en sus comportamientos dentro del campo y evaluadas respecto a las repercusiones que éstas generen en la búsqueda del éxito colectivo. Dicha afirmación nos permitiría postular el concepto de una “inteligencia táctica o situacional” ligada a la capacidad del jugador para percibir y adaptarse funcionalmente ante las demandas del juego en términos de la psicología ecológica¹ auto-organizarse². Al tiempo en que decidimos otorgar identidad a este tipo de inteligencia, estamos asumiendo la necesidad de situar el proceso de decisión-acción dentro de un contexto particular: El fútbol entendido como un macro-sistema abierto y complejo.

¿Qué es lo que hace del fútbol un juego complejo?

Creemos que la respuesta a este interrogante podemos sintetizarla en dos de sus características esenciales: juego colectivo y no-lineal.

Podemos describir al fútbol como un deporte de cooperación-oposición, que tiene lugar en un campo de juego con ciertas características, en el que conviven veintidós futbolistas que se expresan libremente circunscriptos a una serie determinada de reglas. Los jugadores están organizados en dos equipos o sistemas, cada uno de ellos intentará doblegar a su oponente persiguiendo un mismo objetivo: convertir más goles en el arco rival respecto a los recibidos en el propio. Para tal fin, intentarán comportarse individual y colectivamente según un determinado plan estratégico. El escenario luce sencillo antes del silbato inicial, pero se torna complejo con el inicio de las acciones. Cada una de las decisiones y acciones de los protagonistas buscará condicionar y será a su vez condicionada por la de los demás, conviviendo de este modo dentro de un escenario caótico, plagado de incertidumbres y flujos de energía fruto de las interacciones, en donde se alteran momentos de orden y desorden. Aceptar estos preceptos nos permite imaginar el grado de dificultad que deberá afrontar el futbolista a la hora de tomar decisiones respecto a sus comportamientos con

¹Psicología Ecológica o Ambiental, surge en contraposición a las teorías cognitivistas, como una nueva forma de entender los procesos perceptivos, “se basa en el estudio de la relación del individuo con el medio ambiente dentro del cual evoluciona”. (Navarro Carrascal, 2004:)

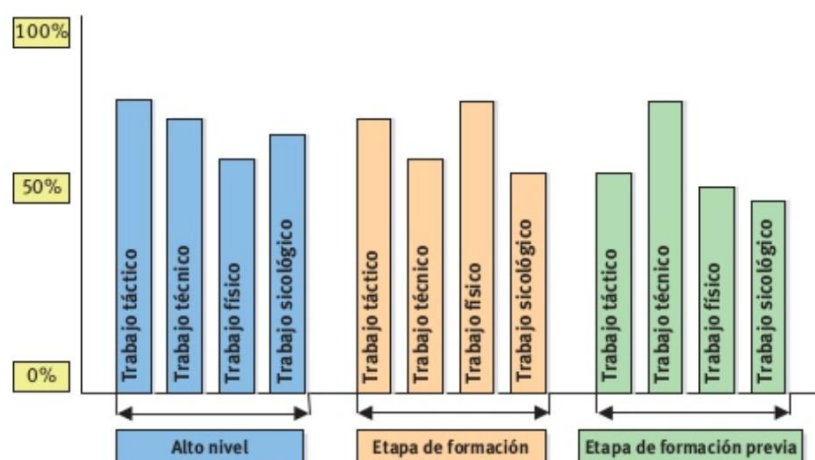
²Auto-organización: es la capacidad de los seres vivos para adaptarse funcionalmente en base a las restricciones propias de un sistema abierto y complejo.

o sin balón. Como expresa Gerar Pinies (2015):“El contexto se transforma continuamente y nunca repite el disfraz. Se trata de un juego no lineal donde hay situaciones similares, pero nunca iguales. Será fundamental mirar, ver y comprender lo que sucede a nuestro alrededor y actuar de una forma determinada en un espacio y tiempo restringidos. Debemos ser capaces de adaptarnos a la complejidad, a las nuevas situaciones que se plantean. Si nos adaptamos adecuadamente y le ofrecemos al contexto lo que necesita, seremos recompensados”.

Fragmentar para simplificar y luego integrar. Un legado científico-cultural.

Durante décadas, profesionales de diversa índole se han avocado al análisis del fútbol buscando identificar aquellas variables íntimamente vinculadas al rendimiento. Dicho procedimiento ha sido contemporáneo de una tendencia cultural y científica a fragmentar. Así, tal como le ha sucedido al proceso industrial, reflejado en el clásico film “Tiempos Modernos”, en el que Charles Chapling emulaba ser un obrero especializado en uno de los tantos pasos durante un largo proceso de ensamblaje, el fútbol no ha podido ser la excepción, convirtiéndose también en víctima de este pensamiento mecanicista y reduccionista. Esta corriente de pensamiento enraizada en el racionalismo clásico admite la disgregación de un contexto complejo, creyendo que a través de un tratamiento particular y por ende simplificado de las variables constituyentes será factible arribar posteriormente a una integración potenciada. De éste modo, el contenido de enseñanza en fútbol ha sido diseccionado para su análisis y entrenamiento en una serie de factores entre los que se destacan los técnicos, tácticos y condicionales. Esta forma clásica de pensar puede notarse fácilmente en el registro de la mayoría de las planificaciones destinadas al fútbol formativo, en donde la existencia de una obstinada pretensión por cuantificar ha llegado incluso a plantear porcentajes apropiados para el tratamiento de cada una de estas variables en concordancia con la etapa evolutiva del futbolista. Esto puede ser constatado en el siguiente

gráfico presentado por Jean Bangsbo en el manual de coaching de la FIFA (2012).



Para quienes entendemos al fútbol desde una perspectiva sistémica o no-lineal, aquí se ha cometido quizás el mayor error que nos obstaculiza el camino en la búsqueda de formar jugadores inteligentes. “Desgraciadamente, hemos seguido el modelo de Descartes (contemporáneo de Pascal) que preconizaba la división de la realidad de los problemas. Sin embargo, un todo produce cualidades que no existen en las partes separadas. El todo no es nunca únicamente la adición de las partes. Es algo más”. (Morin, 1984. En Tamarit, 2007:29). “Un sistema es un conjunto de elementos o partes que interaccionan entre sí a fin de alcanzar un objetivo concreto. De los vínculos del sistema se crea información adicional no visible antes, surgiendo nuevas propiedades que no pueden explicarse a partir de las propiedades de los elementos aislados”. (Morin, 2006. En Pol, 2011/2013:131). “El Pensamiento Científico Clásico [...] se asienta en un pensamiento analítico, divisionista y mutilante, ya que la fragmentación de las partes de un Sistema implica no sólo la separación de éstas, sino la anulación de sus propiedades”. (Tamarit, 2007: 31).

Los métodos de entrenamiento tradicionales edificados desde el paradigma clásico han optado por un modelo de enseñanza aprendizaje de tipo conductista, en el que el entrenador es visto como el dueño del saber que debe ser depositado en el alumno mediante un sistemático proceso de explicación, demostración y ejecución. El objetivo no es más que el desarrollo de

automatismos “eficientes” y el medio para conseguirlo la aplicación de metodologías analíticas y mecanicistas. Esta propuesta está fundada en la existencia de un modo ideal, una manera correcta y universal de realizarlo, el conocido *gold-estándar* o modelo del campeón. De esta forma, el entrenador estará focalizado principalmente en la transmisión del “**cómo**”, echando mano a una serie de *drilles* específicamente diseñados para tal fin. Luego de ser presentados a los futbolistas, su función quedará ligada a la detección y corrección de errores de ejecución o ruidos motrices. Pensando en la transmisión de fundamentos técnicos por ejemplo el golpeo, la recepción orientada o el cabezazo) todos los *feedbacks* estarán direccionados sobre aspectos mecánicos tales como la coordinación de segmentos proximales y distales, la posición corporal de espera, la superficie correcta sobre la cual impactar el balón, etc. Lo mismo sucederá durante el abordaje de las habilidades motoras generales como los cambios de dirección o la técnica de carrera, por mencionar algunas. Respecto a la transmisión de los fundamentos tácticos, resultará frecuente observar la reproducción de movimientos colectivos preestablecidos, habitualmente sin oposición y concordantes con la pretensión del entrenador acerca de cómo progresar o defender en los distintos espacios del campo y ante distintos esquemas de juego.

Este abordaje metodológico coloca al entrenador cual cerebro del equipo, a cargo de todas las decisiones sobre el jugar. Además de protagonismo, esto le brinda seguridad y confianza, ya que él tendrá la respuesta exacta ante cada una de las incertidumbres planteadas por sus jugadores. A su vez, el entrenamiento fragmentado, le permitirá simplificar el ámbito de enseñanza, poniendo el foco selectivamente en aquellos fundamentos que cree más preciso depurar. Una repetición tras otra será la constante que guíe a los jugadores en la búsqueda de consolidar y automatizar el comportamiento deseado. Esto generalmente decantará en una práctica armónica y de buena dinámica. Finalizada la última sesión, el entrenador cierra su carpeta y espera que la suma de todas estas variables estimuladas se traduzcan en una buena performance del equipo el fin de semana. Ellos jugarán de memoria, ¡La máquina esta aceiteada!.Pero ¿cuán significativo esta siendo el aprendizaje de

estos jugadores?¿Les estamos enseñando a pensar, a crear, a tomar decisiones?

La otra cara de ésta moneda, la de la visión del **paradigma sistémico**, nos alerta sobre las posibles secuelas producto de desestimar la ecología del entorno, es decir, de descontextualizar el entrenamiento. Un entrenamiento lineal y reduccionista destinado a la transmisión y adquisición de patrones rígidos, nos priva del desarrollo de la capacidad para adaptarnos ante situaciones dinámicas y complejas. Y aquí es donde nos preguntamos ¿cuál es el legado del paradigma clásico?¿cómo sus propuestas metodológicas pueden interferir sobre la mencionada pretensión de formar jugadores inteligentes? Y es justamente en el afán de dar respuesta a este interrogante donde descubrimos el principal escollo presente durante el proceso de toma de decisión en los futbolistas. Los déficits percibidos en las malas decisiones de muchos de los actuales profesionales serían en parte consecuencia heredada de esta concepción lineal y reduccionista que los ha acompañado a lo largo de su proceso formativo. Durante el cual la preponderancia de una tendencia dogmática a fragmentar ha llegado a disociar inconcebiblemente el proceso de decisión-acción, desvinculando para su entrenamiento a los procesos ejecutivos o motrices (técnicos y condicionales) de los perceptivos o decisionales, generalmente definidos como tácticos.“Debemos considerar que no es lo mismo para un jugador, tener la capacidad de realizar una acción (p.e. un pase en un entorno “invariable”, en el que previamente se define la acción y tan sólo se pone el énfasis en los requisitos motrices de la misma) que tener la capacidad de interactuar y ajustar temporal y espacialmente los procesos de decisión-acción en un entorno dinámico”. (Pol, 2011/2013: 32).Si el comportamiento motriz no necesitase de una adecuación espacial y temporal coordinada funcionalmente con su entorno a través de la percepción, pues cualquier malabarista de semáforo podría convertirse en un gran futbolista.

Otra condición indispensable para poder desempeñarse con éxito dentro del campo es la capacidad de focalizar la atención en aquellos aspectos relevantes dentro de los flujos de información circulantes en el medio. Esta cualidad es la que generalmente distingue a los jugadores consagrados de aquellos que

están dando inicio a su carrera. Y la única forma de conseguirlo es justamente proponer tareas que respeten la ecología del juego. Cuando se disocia para simplificar, muchas veces se coarta el desarrollo de la atención selectiva. Pensemos por ejemplo en un *drill* diseñado para mejorar la conducción del balón en el cual el sujeto deberá *dribblear* en sendas repeticiones entre una hilera de conos para finalizar descargando un pase a su compañero en espera. La atención estará tan focalizada en los aspectos mecánicos de la conducción, que le generará a futuro una interferencia cuando deba apelar a este recurso técnico ante una situación real de juego de 1 vs. 1, teniendo la necesidad de percibir los movimientos de su rival para adaptar favorablemente su comportamiento.

Alguna vez escuche a un entrenador de primera división preguntarse cómo era posible que sus jugadores fallen durante la ejecución de un ejercicio tan simple como el descargar un pase entre dos conitos. Desde ese momento intuí que el problema no era técnico, sino de motivación. Posteriormente acredité mi teoría en palabras del neurocientífico Facundo Manes (2014: 252), que en su libro “Usar el Cerebro” asegura que, “si nos restringimos a los errores en tareas de decisiones que requieran atención y concentración en el tiempo, las fallas en la atención, la concentración o una motivación disminuida son fuentes frecuente de tropezones. La falta de una actividad con sentido pareciera predisponer negativamente al cerebro”. Al observar el desarrollo de los ejercicios técnicos analíticos, suele ser frecuente divisar cómo muchas veces a medida que el tiempo de reproducción avanza, en lugar de adquirir fluidez la tarea comienza a entorpecerse producto de la emergencia de errores en la coordinación de la misma. Asimismo, si sólo nos concentrásemos en contemplar el proceder del entrenador, evidenciaríamos que sus *feedbacks* comenzarán a incrementarse buscando reforzar la concentración de los jugadores en la medida en que el ejercicio progresa. Esto no es más que otro síntoma de falta de motivación coherente con las declaraciones de Manes, que nos lleva a pensar que simplificar disociando los aspectos perceptivos de los motrices repercute negativamente en el desarrollo de la capacidad atencional de los futbolistas. Refuerza esta creencia Rafael Pol (2011/2013: 33), cuando expresa que, “para

conseguir mejorar la atención del jugador, debemos ofrecer al jugador situaciones de entrenamiento en entornos complejos variables, que le hagan actuar lejos de su estado de equilibrio, buscando tareas en las que el comportamiento de los jugadores deje de ser eficaz y eficiente, para lograr nuevas reconfiguraciones mediante la auto-estructuración de los sub-sistemas que lo componen en el entorno". "Será importante pues que el jugador aprenda a percibir las informaciones más importantes que se producen en su interacción con el juego, participando activamente en este proceso de creación-percepción de información, más que la realización de tareas con entornos de juego prácticamente invariables en que el jugador encarna un rol únicamente reproductivo de aquello que el entrenador le ha mandado, en lugar de un rol productivo en función de sus posibilidades de interacción en el juego". (Pol, 2011/2013: 28).

Entrenar desde y para la complejidad.

Entrenar desde y para la complejidad, no es más ni menos que respetar la especificidad contextual. Esto implica reconocer una serie de variables características del medio que actuarán como condicionantes inhibiendo o posibilitando la emergencia de un determinado comportamiento. La psicología ecológica ha tomado el modelo descrito por Newell en 1986, el cual pretende representar cómo la adaptación funcional o auto-organización del sujeto resultará de un proceso dinámico de percepción-acción vinculado a tres tipos de condicionantes: **los propios del sujeto**, supeditados a sus aptitudes estructurales (condición genética) y funcionales (patrones coordinativos adaptables); **los de la tarea**, que expresan las posibilidades de acción de acuerdo a las restricciones establecidas en el reglamento de juego; y **los del entorno**, relacionados con la superficie de juego, los factores climáticos, la presencia de público y fundamentalmente por ser el fútbol un deporte colectivo de cooperación-oposición, íntimamente ligados a los factores socio-afectivos fruto de la interacción no-lineal con sus compañeros y rivales.

En este sentido, Gibson citado por Davids, Button y Bennett (2008:63) plantea que cuando el sujeto percibe no se concentra en las cualidades de los objetos

observados, sino que está contemplando posibilidades de acción en los mismos. Estos invariantes, detectados por el sujeto en los contextos dinámicos, son definidos por este autor como *affordances*³. Este concepto es central dentro del paradigma ecológico, ya que sintetiza las oportunidades de actuar emergentes de la interacción del sujeto con los condicionantes del medio. A su vez, vale destacar que según este investigador, los *affordances* serían únicos para cada sujeto y para cada situación en que se encuentre, ya que dependerán, ejemplo y entre otras cosas, del nivel de fatiga acumulado en ese minuto de juego.

Pongamos un ejemplo para comprender cómo las restricciones percibidas durante el juego, pueden ser interpretadas como oportunidades de acción. Sabemos que el fútbol es un deporte colectivo con una dinámica no-lineal, donde el jugador deberá actuar dentro de un ámbito plagado de incertidumbres. Será indispensable que esté atento y emplee su percepción para identificar conductas motrices tanto en sus compañeros como en los rivales en pos de obtener información. Somos conscientes que los flujos de información circulantes serán principalmente visuales, pero también táctiles y auditivos. El jugador reconoce ciertos condicionantes que restringen su comportamiento, como puede ser la ley del *off-side* o su escasa aptitud para ganar el 1 vs. 1 partiendo con pelota dominada. Sin embargo, también identifica la presencia de otros condicionantes que podrían significar posibilidades de acción (los que Gibson ha dado en llamar *affordances*), por ejemplo el equipo rival defiende alto y abierto, el campo está rápido y húmedo, su compañero posee una excelente aptitud para el pase entre líneas y el jugador confía en su condición para acelerar al espacio. De este modo decide, o mejor dicho se **auto-organiza**, para lanzar una diagonal y recibir el balón vulnerando la defensa rival y quedando pronto para definir frente al arquero. Es así que, adherimos con Passos (2008), cuando señala que “la toma de decisiones en los deportes colectivos con pelota pueden ser entendidas desde la perspectiva de un proceso de auto-organización”. (Pol,

³Affordance: es la relación epistémica entre el agente y su medio. Ésta surge cuando el agente detecta una información específica que le permite modular su acción. (Heras Escribano, 2012).

2011/2013: 55).

¿Pero bajo que condiciones se genera este proceso? ¿Son los jugadores realmente conscientes de cada uno de sus comportamientos? Si escuchamos a los propios protagonistas entenderemos que son pocas las veces en que las respuestas se desprenden de un análisis racional del escenario en cuestión. Messi declara: “No imagino los partidos ni pienso las jugadas. Sale lo que sale en el momento, cuando tengo la pelota”. En este sentido Pinies (2015) expresa que “los jugadores son capaces de tomar buenas decisiones sin destinar mucha atención a la comprensión del juego. Su organismo está tan habituado al uso de mecanismos de toma de decisión que se autorregula desde el subconsciente, sin necesidad de racionalizar minuciosamente lo que sucede delante de ellos. Si todo lo que tenemos delante lo procesáramos conscientemente, moriríamos por sobredosis de información. Por eso el cerebro es capaz de autorregularse, priorizando la atención sobre aquello que cree importante y tomando decisiones de forma espontánea”.

Ciertas teorías cognitivistas han intentado explicar el proceso de toma de decisión desde una perspectiva jerárquica y lineal, de causa y efecto. Dentro de este modelo, el cerebro ha sido entendido como una computadora capaz de almacenar información perceptual-motora y, por ende, la fuente de recursos para la selección de una respuesta en base a una serie de representaciones mentales guiadas por una especie de *hándicap* probabilístico, acreditado en comparaciones con experiencias semejantes vividas previamente.

Sin embargo, la neurociencia actual pone en duda al **libre albedrío** como fuerza generadora del movimiento, tal cual puede evidenciarse en un estudio realizado por el neurocientífico estadounidense Benjamín Libet (en Manes, 2014: 268) quien halló que la actividad eléctrica del cerebro necesaria para llevar a cabo el acto motor precedía (en una media de 500 milisegundos) al momento en que los sujetos sentían el deseo de realizarlo. También existe evidencia científica que indica que las emociones juegan un rol preponderante en la toma de decisiones. Como expresa Manes (2014: 231), “Tomamos decisiones permanentemente y la velocidad de los eventos que nos suceden hace que no haya tiempo para racionalizar los pros y contras de cada

decisión”.Esto nos permite imaginar la preponderancia de este tipo de decisiones dentro de un contexto tan dinámico y complejo como el del fútbol, donde el tiempo para decidir es extremadamente escaso.“Las emociones y el sentido común, la mayoría de las veces, nos orientan en un mundo altamente cambiante, impredecible, que no se comporta como un sistema lógico en el que se pueda predecir la mejor decisión en base a una estadística probabilística. Múltiples estudios han evidenciado que la nuestra es una racionalidad ecológica, contextual, guiada por atajos emocionales y que esta estrategia es la más adecuada para tomar decisiones”.(Manes, 2014: 250-251).

Debido a estos preceptos, el paradigma ecológico ha manifestado concordar más con la teoría de la **percepción directa**, la cual cuestionaría el supuesto rol del proceso cognitivo en la elaboración de la acción, otorgando mayor crédito al supuesto acoplamiento directo entre información y movimiento, fruto de la percepción de invariantes y *affordances*.

En éste sentido, Passos (2008) y Duarte (2010)citados por Pol (2011/2013: 31), expresan que “el proceso de decisión-acción entre atacante-defensor responde a un proceso emergente de auto-organización en base a los flujos de información creados de los procesos de interacción entre ambos jugadores. Así, más que responder a acciones previamente definidas, los jugadores se van ajustando a las posibilidades que le ofrece el entorno”.

Esta teoría también expresa que el moverse genera información, permitiendo una relación cíclica de retroalimentación entre percepción y movimiento. En palabras de Gibson,“Nosotros debemos percibir para movernos, pero también debemos movernos para percibir”. (Davids, Button, Bennett, 2008: 65).De esta manera, será muy importante que el jugador se desenvuelva en el entorno haciendo un correcto uso de los espacios, ya que cuanto más eficiente sea en su interacción espacial, más posibilidades tendrá de percibir información relevante y, como consecuencia, se estará generando mejores posibilidades para actuar. De hecho, estamos convencidos en postular una relación directa entre el correcto uso de los espacios y el nivel de **inteligencia táctica** alcanzada por los jugadores. En este sentido, nos resulta interesante *linkear* la concepción de Laureano Ruiz, quien expresa, “El valor táctico de un jugador

reside en la capacidad para descifrar las informaciones que el juego va produciendo” con la popular frase de Johan Cruyff en la que sentencia, “Todos los entrenadores hablan sobre movimiento, sobre correr mucho. El fútbol es un juego que se juega con el cerebro. Debes estar en el lugar adecuado, en el momento adecuado, ni demasiado pronto ni demasiado tarde”.(Pines, 2015).

De este modo, adherimos con el paradigma ecológico cuando plantea la necesidad de entrenar desde la especificidad, de contextualizar las tareas de entrenamiento con el fin de motivar el desarrollo de la atención selectiva y la consecuente capacidad de los jugadores para auto-organizarse. Con éste objetivo, el de mejorar la permeabilidad perceptiva de los futbolistas sobre aquellos atractores más significativos, creemos necesario que el diseño de las tareas responda como eje principal a una serie de principios constituyentes de nuestra idea acerca del jugar.

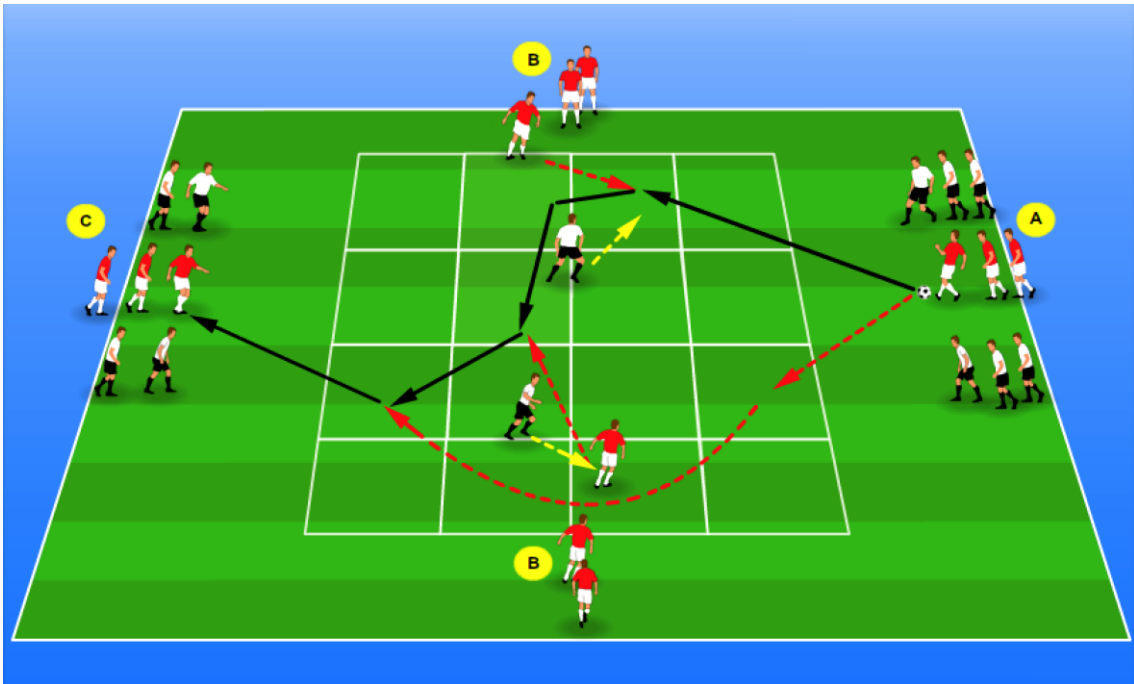
Cabe destacar que más allá que el comportamiento del sujeto durante la vorágine del juego será la resultante de su interacción con los flujos de energía del entorno(guaido principalmente por las emociones y los procesos de percepción directa), también resultará importante un entendimiento racional de los principios del modelo de juego, que le permitirá al jugador predisponer su foco atencional más eficientemente durante los entrenamientos. Asimismo, esto también repercutirá favorablemente sobre su capacidad para interrelacionarse y contribuir a la aparición de sinergias funcionales colectivas durante la competencia. Vítor Frade en su “Periodización Táctica”, sugiere, entrenar de forma consciente para que, llegados a cierto nivel, esos comportamientos se manifiesten por sí solos de forma espontánea, es decir, desde el subconsciente.

La estrategia metodológica que proponemos se rige bajo los preceptos de la pedagogía no-lineal. Planteamos una serie de tareas globales (generales o posicionales), fundadas dentro de una atmósfera contextual, en la que se le brindará a los jugadores información clara y precisa sobre el objetivo, pero sin enunciar datos a cerca del “**cómo**” conseguirlo; cargando los propios

futbolistas con la responsabilidad de descubrir los medios necesarios para lograrlo. La premisa fundamental será motivarlos a potenciar su capacidad perceptiva, creativa y expresiva, fruto de su afán por adaptarse funcionalmente ante las demandas de la tarea. Desde esta perspectiva, el rol del entrenador podrá ser entendido como un administrador de condicionantes, estando encargado de manipular las propiedades del entorno, tales como cantidad de jugadores, dimensiones del espacio de juego, reglas, etc., buscando originar la atmósfera más propicia que posibilite a los futbolistas evolucionar en su capacidad para auto-organizarse, dentro de un proceso de enseñanza-aprendizaje más específico y significativo.

Para concluir, y como preámbulo de un ejemplo gráfico a cerca de un ejercicio representativo de nuestra propuesta metodológica, nos resulta pertinente ratificar nuestra discrepancia con las teorías de entrenamiento tradicionales que postulan a los procesos analíticos de “tecnificación” como condición necesaria previa a la inclusión del futbolista en un ámbito contextual. En contraposición a este paradigma, creemos oportuno definir y destacar la inquebrantabilidad de la trilogía: **jugador-compañero-oponente** como factor indispensable en pos de respetar la ecología del juego.

Intentar fragmentar el fútbol implica desconocer su propia esencia. La disociación de la complejidad, simplifica y brinda seguridad, pero indefectiblemente decanta en una miopía hacia el futuro. Inhibe el desarrollo perceptivo y adaptativo, interfiriendo el deseo de contribuir en la formación de un jugador inteligente.



Tarea General: "Fútbol Ajedrez"

Organización: 2 equipos de 12 jugadores.

Objetivo equipo rojo: buscar progresar desde **zona A** hacia **zona C**, en un 3 vs. 2 sin perder la posesión del balón. **Reglas:** un máximo de dos toques (sin poder ser los mismos dentro del mismo cuadrado) para cada jugador en cada intervención.

Correlación con principios del juego: primera opción de pase hacia el frente, no ocupar la misma línea en amplitud y profundidad, movilidad (recepciones orientadas), generación de apoyos y desdobles.

Objetivo equipo blanco: recuperar 10 pelotas para obtener el derecho a invertir roles con el equipo rojo.

Condicionante emocional: situación de stress competitivo. Aquel equipo que sostenga la posesión de la pelota durante menos tiempo que su rival deberá cumplir con la realización de una prenda estipulada previamente por los participantes y modulada por el entrenador.

BIBLIOGRAFÍA

Davids, K. Button, C. Bennett, S. (2008) *Dynamics of skill acquisition. A constraints-Led approach*. Champaign, IL: Human Kinetics.

Heras Escribano, M. (2012). Comprender la realidad sin representaciones: Affordances y psicología ecológica. *Ciencia Cognitiva*, 6:2, 48-50. Recuperado de: <http://www.cienciacognitiva.org>

Manes, F.& Niro, M. (2014). *Usar el cerebro. Conocer nuestra mente para vivir mejor*. Buenos Aires: Planeta.

Navarro Carrascal, O. E. (2004). Psicología ambiental: visión crítica de una disciplina desconocida. *Revista Psicología Científica.com*, 6(11). Recuperado de: <http://www.psicologiacientifica.com/psicologia-ambiental-vision-critica/>

Pinies, G. (2015). Mirar, ver y comprender. *Perarnau Magazine*. Recuperado de: <http://www.martiperarnau.com/tactica/mirar-ver-y-comprender/>

Pol, R. (2011/2013). *La preparación ¿física? En el fútbol. El proceso de entrenamiento desde las ciencias de la complejidad*. Madrid: MC Sports.

Tamarit, X. (2007). *¿Qué es la “periodización táctica”?*. Madrid: MC Sports.